

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRICION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 rs. Ros.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PORTE.



LA REDACCION
y Administracion

RICLA, NUM. 88

A DONDE

DIRIGIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES PTES.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

CARICATURISTA: BAYACETO.

DIRECTOR: J. M. VILLER GAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

INSISTO EN ELLO.

En no recuerdo qué número de esta última serie de mi periódico, probé que el gobierno de los Estados Unidos debe concluir por embarcar á todos los emigrados cubanos y mandarlos al Africa; solo que entonces todavia les hacia yo el favor de suponer que podian ir á engrosar la poblacion de Liberia, y ya no les concedo tanto.

Desde aquel'a fecha, los infames que no hallaron reparo en formular las reglas de la traicion, se han degradado en tales términos, que insisto en que se les debe lanzar al Africa; pero me opongo á que sean desembarcados en punto de siquiera rudimentaria civilizacion; porque en tal caso, el castigo no sería para ellos, sino para las buenas gentes cuyas costumbres corromperian al momento. Mándeseles al Africa, pero arrójeseles en las costas pobladas por los cafres ó los hotentotes, que son sus semejantes.

El asesinato del Sr. D. Gonzalo Castañon, Director de *La Voz de Cuba*, es uno de los datos en que puede apoyarse cualquiera medida que se tome con esos entes degradados, que no quieren ser españoles, y hacen bien, porque tampoco nosotros podemos permitir que lo sean. Vienen, sin duda, de lo mas inculto del Africa, y á voces los está reclamando la tierra de donde son oriundos.

Todo el mundo sabe ya lo que ha pasado en Cayo-Hueso. Los periódicos diarios han dado sobrados pormenores acerca de la muerte de Castañon, y yo no creo ne-

cesario repetirlos; pero sí, juzgo conveniente discurrir un poco sobre ese triste suceso, abandonando por esta vez el tono festivo, generalmente usado en este periódico.

Sí, lectores míos; voy á escribir algo sobre la muerte de Castañon, y digo algo, porque no podré en uno ni en muchos artículos decir todo lo que tan triste suceso me sugiere, ni quizá serian hoy convenientes algunas de mis reflexiones. Para todo habré tiempo.

Ha muerto el Director de *La Voz de Cuba*, víctima de su lealtad, de su patriotismo y de su inexperiencia. Explicaré esta palabra.

Castañon era un jóven de incuestionable mérito. Habia en él feliz imaginacion y notable aprovechamiento de lo que se aprende en los libros. ¿Qué le faltaba para continuar prestando importantes servicios á su Patria?

Porque, entre paréntesis, lectores míos, yo creo que Castañon, hombre de iniciativa, de pensamiento propio, ha prestado grandes servicios al país en el periódico que dirigia, y como esta opinion ha sido, no solo alimentada por mí cuando Castañon vivia, sino sostenida con fé delante de respetables testigos, no se tomarán los elogios que yo tribute al que en vida los mereció, por flores de ultra tumba. Sí, prestó grandes servicios, y la prueba de esta verdad la tenemos los leales en la misma ferocidad con que le han tratado los traidores.

Esto supuesto, voy á manifestar lo que, en mi concepto, faltó al ilustre finado para

haber podido seguir prestando importantes servicios á nuestra querida Patria. Faltóle lo que solo se adquiere con los años, lo que solo se consigue con la penosa y siempre acerba enseñanza que da la larga práctica de la vida: eso que se nombra experiencia.

Por carecer de esta, él, que siempre combatió con asturiano nervio á los enemigos de España, y que acababa de vituperar en su periódico las reglas de la traicion, formuladas con repugnante cinismo por los únicos hombres capaces de concebirlas, no calculó toda la maldad que habia en los que habian adoptado esas reglas. Por sus pocos años, no alcanzó á comprender hasta donde puede llegar la depravacion de los sentimientos en la degeneracion de la especie humana. Por eso, en fin, creyó todavia capaces de algo noble, de algo honroso, de algo digno, de algo decente á los miserables que, si desgarrando el corazon de la Patria se han puesto fuera de la ley, renegando de su sangre se han colocado fuera de la humanidad, y por consecuencia, no hay que esperar de ellos nada que no esté perfectamente ajustado á los instintos y costumbres de los chacales, de las hienas, de los reptiles, para decirlo de una vez, de todos los animales inmundos y dañinos.

Yo que, á falta de otras cualidades, poseo la no muy envidiable de haber ya vivido mucho, desaprobé siempre la partida de Castañon para Cayo-Hueso.

Esto era consiguiente. Yo he escrito una obra contra el duelo, y no puedo aceptar esa costumbre, despues de las só-

lidas razones que creo haber hallado para combatirla. Sobre todo, comprendo todavía la práctica de esa costumbre feudal en los defensores del pasado; pero no en los amigos del progreso. Sin embargo, en los casos excepcionales de la guerra, no la comprendo en nadie, porque la guerra rechaza el combate personal, reclamando solo el colectivo. ¿Quién de nuestros bravos militares se rebajaría hoy á batirse en otro campo del honor que no sea el que sus deberes les señalan, con hombres reclamados por la ley para recibir el castigo de sus iniquidades por mano del verdugo? ¿Quién dispensaría á nuestros enemigos la honra que no merecen, suponiendo que esos enemigos tuviesen aliento para solicitarla?

Pues bien; prescindiendo de estas consideraciones, y aun suponiendo que yo aceptase las ideas que en mi última novela he refutado, todavía, lectores, debía desaprobarme y desaprobé la salida de Castañon para un punto, donde sabia que hormigueaban los hombres maldecidos por la Madre Patria y repudiados por la Madre Naturaleza, y donde, por lo tanto, era seguro que habian de abundar la cobardía, la crueldad, la emboscada, la felonía, en una palabra, los frutos de cierta educacion, manifestados en el múltiple y natural consorcio de todos los vicios con todas las bajezas.

El suceso que todos los buenos deploramos me dice que yo tenia razon, como lo que despues he visto me manifiesta que si las heridas mortales no tienen remedio, algo puede calmar la pena causada por la desaparicion de un distinguido patriota un popular tributo de estimacion universal fervorosamente rendido. Con todo: hay que pensar en el desagravio, y para llegar á este fin tenemos dos caminos.

Los infames emigrados de Cayo-Hueso se dijeron, sin duda: «Castañon tiene dos hijos; acabando con él, tambien acabamos con ellos, puesto que van á quedar desamparados. Hemos resuelto, pues, un problema digno de los libertadores de Cuba, el de hacer de un solo golpe tres asesinatos.»

¡Error inmenso! Al matar á un buen ciudadano, de aquellos que sabian decir con el gran Quintana: «Por ventura, ¿no se muere una vez?»..... al matar á ese hombre, digo, ¿de qué le han despojado? De la triste existencia humana, y en cambio, le han dado lo que nunca se extingue, la gloria imperecedera de la patriótica celebridad. En cuanto á sus hijos, sé que han perdido mucho, porque Castañon era un padre cariñoso, un excelente padre, como era un noble ciudadano; pero, felizmente, solo por breves instantes fueron huérfanos esos niños que han sido prohibidos por la nacion española, en cuyo nombre los ha acogido ya bajo su egregio amparo nuestro incomparable Gobernador Superior Político, el Excmo. Sr. D. Antonio Caballero de Rodas, y no quedan desvalidos los que cuentan con el apoyo del pueblo mas generoso de la tierra. Hé aquí, lectores, realizado ya uno de los medios que en nuestra mano teníamos para vengar la muerte de D.

Gonzalo Castañon. Lo que sucederá, y vean nuestros enemigos cuanto se equivocan en sus cálculos, lo que tengo por sucedido es que esos niños, cuya perdicion se meditaba, por jóvenes que sean, por poco que su razon se haya desenvuelto, habrán renovado ya en lo íntimo de su corazon el juramento de Annibal contra los enemigos de su Patria, que son los asesinos de su padre.

El otro medio de desagravio será terrible. Yo sé, lectores, que una nacion culta, donde nunca el crimen alevoso debe quedar impune, se encargará de administrar severa justicia. Eso es evidente; pero la muerte de Castañon nos pinta el carácter vil de esos hombres que han declarado la guerra á España, y para los cuales no puede ya quedar en ningun pecho leal un resto de compasion que no se haga sospechoso. ¡A muerte, pues, sufran los renegados infames la guerra que á muerte nos han declarado! Respetemos al que respeto merezca; fraternicemos con todo el que muestre ser buen español, y no hagamos nunca nada que pueda ocasionar el menor conflicto entre gobernantes y gobernados; pero manifestemos nuestro legítimo deseo de que á los salvajes no se les aplique la medida de los hombres civilizados, y ante los manes irritados de las víctimas de la patria, juremos no interceder nunca por dichos salvajes. Yo, el mas humilde de los defensores de España, desconozco la caridad para nuestros enemigos, porque sé bien que solo con la villanía pueden corresponder á nuestra generosidad los que, en su ciego frenesí, han llegado á mofarse de todas las virtudes, santificando todos los crímenes. ¡Nada! *Qua sunt Caesaris Caesaris*; para los delincuentes ordinarios, el procedimiento comun; para los caníbales, el exterminio!

Esta es la satisfaccion que todos debemos á los que, como Castañon, pierden la vida por la Patria, en la guerra sin ejemplo que á nuestra bondadosa nacion estan haciendo *mambises* y *laborantes*.

EL MORO MUZA.

GONZALO CASTAÑO,

(EN EL CEMENTERIO.)

Ved apagada aquí la sacra hoguera
Que en el altar del patriotismo ardía:
¡Toda la inmensa luz que difundía
Se ha vuelto á unir á su gloriosa esfera!
Trocé en adusto invierno la pradera
El verano que alegre la cubría;
Mas de este invierno y de su escarcha fría
Ha de brotar eterna primavera.
Si que no en vano pasará á la historia
El hecho atroz del criminal maldito;
Y para honrar del mártir la memoria,
Su muerte, que fué el colmo del delito,
Queda á la ley; su nombre, que es la gloria,
En la conciencia de la patria escrito.

SATURNINO MARTINEZ.

LA RECOMPENSA NACIONAL.

CASTAÑO murió el lunes, asesinado en Cayo-Hueso. Cinco cubanos renegados, ó lo que es lo mismo, degenerados, porque los que no han degenerado no reniegan, ni hacen cosas indignas; al contrario, se baten como leones por la causa española, en union de los soldados y voluntarios peninsulares; cinco cubanos degenerados, digo, cinco hombres de esos que, amando la insurreccion, no han tenido valor para irse á la *manigua*, de-

cidieron asesinarle en un momento en que supieron que le hallarian solo.

Todos llevaban revolver, de modo que..... cinco por seis, treinta; contaban con treinta tiros y la sorpresa para el objeto que se proponian. ¡Si estarian ellos seguros de la victoria!

No: parece que, ni aun contando con tantos tiros y con la ventaja de coger solo y desprevenido á CASTAÑO, las tuvieron todas consigo los cinco cubanos renegados, y así fué que llevaron otros quince ó veinte compañeros que pudieran ayudarlos ó socorrerlos en caso preciso.

Esto lo sabe la poblacion entera de Cayo-Hueso, y sin embargo, me han dicho que lo refiere todo á la inversa el despreciable papelucho que allí publican los degenerados, lo que tampoco me sorprende; porque sé que está en duda si los laborantes son mas cobardes que embusteros, ó mas embusteros que cobardes, y por consiguiente, tanto esperaba yo la villanía que han hecho, juntándose muchos para matar á un hombre solo, como la version mentirosa que del suceso habian de dar los laborantes.

Pero, ¿qué dirán el pueblo y el gobierno americano, de esos pillos que, despues de asesinar alevé y cobardemente, mienten como los mas asquerosos bellacos que el orbe ha conocido? ¿Qué seguridades, qué garantías sólidas de buen comportamiento pueden seguir dando, para tener derecho á la extranjera hospitalidad, los que se diria que han hecho el juramento de no decir una verdad en su vida, los que aspiran á ser tenidos por mas embusteros que cobardes, y con eso está dicho todo?

Cuestion es esta que debe preocupar á los americanos, cuya sociedad pelagra mucho con el hálito miasmático de los viles asesinos, que por educacion y por temperamento, por costumbre y por sistema, mienten con insólita bellaqueria.

Nosotros, esperando que la ofensa inferida en tierra extraña á un buen español tenga la lógico reparacion que la justicia humana puede dar en aquella tierra, desde que tuvimos noticia de lo que habia sucedido en Cayo-Hueso, supimos tambien que la recompensa nacional no podia faltar para la víctima, y así ha sido, en efecto.

El entierro de CASTAÑO, parte fúnebre de la indicada recompensa, no ha tenido ejemplo en la isla de Cuba. Los mas grandes honores; las distinciones mas señaladas que se podian dispensar á un hombre en la tierra, se le han otorgado á CASTAÑO en la Habana por la autoridad y por el pueblo.

Desde que el cadáver arribó á esta ciudad, y bueno es consignar que los americanos le habian tributado muestras de gran consideracion, fué recibido por personas de las mas caracterizadas en la Administracion y en el Ejército, así como en todas las clases de nuestra sociedad. Llegado á su casa, inmediatamente se constituyó una guardia del 2º batallon de Ligeros, á que el difunto pertenecía, y es imposible calcular el número de personas que han ido á verle. Luego, despues de embalsamarle, bubo de procederse al entierro, y el siguiente anuncio ahorra todo comentario.

G. E. P. D.

GONZALO CASTAÑO,

DIRECTOR DEL PERIÓDICO POLÍTICO LA VOZ DE CEDA,

HA FALLECIDO.

El Excmo. Sr. Gobernador Superior Político, Capitan General, los Excmos. Generales 2º Cabo, Sub-Inspector del Cuerpo de Voluntarios, Intendente general de Hacien-

da, Gobernador Político, el Illmo. Sr. Secretario del Gobierno Superior, los Sres. Coroneles del 1º y 2º batallón de Ligeros, los señores Jefes de todos los Cuerpos de Voluntarios de esta plaza, Director, Sub-directores y Consejeros del Banco Español, Casinos Español y de la Habana, Redactores de los periódicos políticos y literarios, sus hijos, su hermano político, su albacea, sus compañeros de Redacción y sus amigos todos los españoles de Cuba, suplican á V. se sirva asistir mañana á las doce del día á la calle de Teniente-Rey número 38, para acompañar su cadáver al Cementerio general, y rendir el último recuerdo á un mártir de la Patria.

HABANA Y FEBRERO 1º DE 1870.

(No se reparten esquelas.)

¿Describiremos el entierro? Eso es imposible. La calle de la Muralla, de ordinario una de las mas alegres, apareció vestida ese día con el traje de la tristeza: estaba toda de luto. En las demás, por donde debía cruzar el fúnebre cortejo, la multitud afluyó de una manera asombrosa, pintándose el dolor en todos los semblantes, sin distinción de sexos ni de razas, pues en honor de la verdad debemos decir que hemos visto mucha gente de color tributando al difunto el noble homenaje de las lágrimas. Desde la casa mortuoria hasta el Cementerio, el féretro, llevado en hombros por los honrados patriotas de la compañía á que el muerto tenía la honra de pertenecer, fué recogiendo flores y coronas. En fin, lo repetimos, el entierro de CASTAÑON carece de precedentes en los fastos de Cuba, y sería difícil narrarlo con todos sus pormenores.

Renunciamos á lo que es punto ménos que imposible y vamos á cerrar dignamente la reseña de la fúnebre ceremonia, copiando la sentida composición poética que nuestro querido amigo el Sr. Camprodon recitó en el pórtico de la última morada. Dice así:

SEÑORES:

La muerte arroja luz, y luz que vierte
Rayos de pavorosa magestad:
Por eso ante el aspecto de la muerte
Se dice la verdad.

Junto á esa caja fúnebre y modesta
Hay algo que solaza al corazón,
Y es el honor del mundo que protesta
Contra una vil traición.

Si á ese gran corazón que ayer latía
Le fuese dado otra vez latir,
En nombre de la patria, él os diría
Lo que os voy á decir:

«Con alma de español y frente erguida
«A pelear por nuestro honor salí,
«No teniendo que dar mas que mi vida,
«Por mi patria la di.

«Si hay quien á España escarnecer intente,
«No le emplaceis á lucha desleal;
«Vencedle con la espada del valiente
«Jamás con el puñal.»

Eso os diría el hombre si viviese,
Y ese constante su criterio fué:
Dejadme ahora que mi voz le exprese
Los votos de mi fé.

Si mi frase te suena temblorosa,
Es que es el eco del común dolor:
Creo en la Cruz, y vengo á honrar la fosa
De un mártir del honor.

Cumpliste con la ley de caballero,
Y el soberano juez que mora allí
No desoye la voz de un pueblo entero,
Que le ruega por tí.

El dá corona al mártir, y si fijos
Buscan tus ojos algo en la creación,
Puedes dormir en paz, que ya tus hijos
Hijos de España son.

Vengar nos toca tu preciosa vida:
Pero nuestra venganza en su rigor,
Será digna de un pueblo que no olvida
Las leyes del honor.

Antes se quede nuestra mano seca
Que á la España leguemos un baldon:
Maldiga Dios al que la espada trueca
Por arma de traición.

A ejemplo tuyo, por la causa hispana
Iremos siempre del honor en pos,
Y tú, á la sombra de la Cruz cristiana,
Duermes en la paz de Dios.

Pero la noble nación que reconocía los méritos del padre, tenía que pensar en los hijos y en efecto, pronto vimos aparecer disposiciones como las siguientes:

«Gobierno Superior Político.—Secretaría.—El Excmo. Sr. Gobernador Superior Político se ha servido determinar que los huérfanos, D. Rodrigo y D. Fernando Castañon, queden desde esta fecha bajo su protección y amparo, como representante de la Nación, cuya noble causa defendía el padre de aquellos desgraciados, D. Gonzalo, al ser alevosamente asesinado en Cayo-Hueso.—Habana 1º de Febrero de 1870.—Cesáreo Fernandez.»

Casino Español de la Habana.—En sesión celebrada en la noche de ayer, acordó esta Junta abrir una suscripción en favor de los inocentes y desgraciados hijos del Sr. Don GONZALO CASTAÑON, víctima de la alevosía y traición de nuestros enemigos.

Esta Junta, á reserva de publicar lo ya suscrito hasta ahora, invita á los señores socios del Instituto y á todos los españoles en general á contribuir á tan filantrópica obra.—Habana 1º de Febrero de 1870.—El secretario, José Rocamora.

CASINO DE LA HABANA.

Sr. Director de la PRENSA.

Muy señor mio y de mi consideración: quisiera merecer de la bondad de usted, y en obsequio al objeto que lo motiva se sirva ordenar que se inserte en su apreciable periódico el anuncio que tengo la honra de incluirle.—Es de V. atento S. S. Q. B. S. M.—El Secretario de la Comisión, Antonio Heraud.

EL CASINO DE LA HABANA así que tuvo conocimiento del horrible asesinato, del hecho sin nombre, del crimen contra naturaleza, perpetrado en la persona de nuestro buen amigo GONZALO CASTAÑON, presuroso acudió á ocuparse de un acontecimiento que, mas que de amistad, es de amor pátrio, que mas que de españolismo es de humanidad; á ocuparse de sus pequeños hijos, víctimas inocentes del amor á la Patria, víctimas de quienes todo español, todo hombre de corazón debe ocuparse, porque la causa de CASTAÑON es la causa de una raza, es la causa de la humanidad.

La fiera, lucha con su enemigo, le reta, le vence ó perece en la demanda; los enemigos de la raza latina pura, los de la sangre noble, y de corazón podrido, necesitan asociarse, necesitan entenderse con el crimen, necesitan ser capeciosos, ser hipócritas, cobardes, ser asesinos, para sorprender, para sofocar con el número la nobleza del valor.

CASTAÑON ha muerto, CASTAÑON ha sido asesinado cobarde y horriblemente por los enemigos de España, CASTAÑON deja hijos, y estos hijos huérfanos de un defensor de la patria, deben considerarse como hijos de la patria también.

Así lo ha comprendido el CASINO DE LA HABANA, que en los primeros momentos ha reunido una cantidad que sirva de base á la que debe constituir la pequeña fortuna que todos los españoles solícitos deben contribuir á formar para dirigir la educación de esos inocentes niños, que un día han de ser otros defensores de España, dignos imitadores de su padre.

Hé aquí los nombres de las personas que forman la Comisión nombrada por el CASINO DE LA HABANA y la invitación que dirige á los

buenos españoles para que contribuyan á tan patriótico y noble fin, debiendo advertir que hasta las diez de la noche de ayer, se había recaudado la suma de dos mil noventa y cinco pesos.

Presidente.—D. Juan Tomás Carretero.

Vocales.—D. Justo Zaragoza, D. Mariano La Torre, D. Juan de Uriarte, (tesorero).

Secretario.—D. Antonio Heraud.

La Comisión del CASINO DE LA HABANA encargada de allegar fondos para aliviar la desgracia de los huérfanos de D. GONZALO CASTAÑON, avisa á todas las personas que quieran contribuir á tan benéfico objeto, pueden remitir las cantidades al Tesorero de la misma D. Juan Uriarte, calle del Teniente-Rey número 15, ó á dicho CASINO, de 8 á 10 de la noche.

Habana, Enero 31 de 1870.—El secretario de la Comisión, Antonio Heraud.

Además, el señor Ampudia, digno Jefe del 2º de Ligeros, que desde luego ordenó que todos los individuos de ese Batallón llevasen en el brazo izquierdo un lazo de crespon negro, en señal de luto, y que el cadáver fuese custodiado por las compañías 1ª y 4ª, declaró en la misma comunicación en que disponía lo que queda expresado, que el excelente Batallón que él tiene la honra de mandar, prohibaba á los huérfanos de Castañon, á quien contará perennemente en sus filas, de modo que su nombre, inscrito en la lista de la compañía, pasará revista en aquella siempre.

El Sr. D. José Antonio Fesser mandó desde luego al *Diario de la Marina* un billete de quinientos pesos, en una carta llena de patriótica ternura, y el Sr. D. Antonio Alvarez, siempre buen amigo y espléndido patriota, envió otros quinientos.

El patriota señor Albisu, uno de los españoles que mas derecho están mostrando tener al reconocimiento de sus conciudadanos, de acuerdo con la compañía que en su teatro funciona, hizo saber en seguida por medio de carteles, que los espectáculos que había dispuestos se suspendían por un novenario, habiendo sido el primero á formular la petición el beneficiado de aquel día, el Sr. D. José Navarro, compañero del Batallón del difunto, y disponiendo dar el día 9 un beneficio á favor de los huérfanos.

La compañía de Tacon y el Sr. Ainz, obrando con el patriotismo que tienen de costumbre, han dispuesto también una función de beneficio para el mismo objeto, la que tendrá lugar en la noche del próximo lunes.

El bondadoso y ardiente español, Sr. Don Juan I. Larrabide, dirigió en seguida una sentida carta al Director interino de *La Voz de Cuba*, pidiendo que se formase una comisión encargada de recaudar fondos para el mismo fin.

Son tantas, en fin, las muestras de desprendimiento dadas desde entonces por corporaciones y personas en la Isla, que con sentimiento hemos de renunciar á enumerarlas todas.

¿Y qué debía hacer la prensa periódica en estas circunstancias? Unir su voz, como la ha unido con entusiasmo, á la de la bondadosa autoridad, de los Casinos, de las Empresas y de los particulares, que han pensado con razón que no podía faltar la recompensa nacional, ni para el hombre que defendía la buena causa, ni para los hijos á quienes el puñal de la traición se propuso dejar huérfanos.

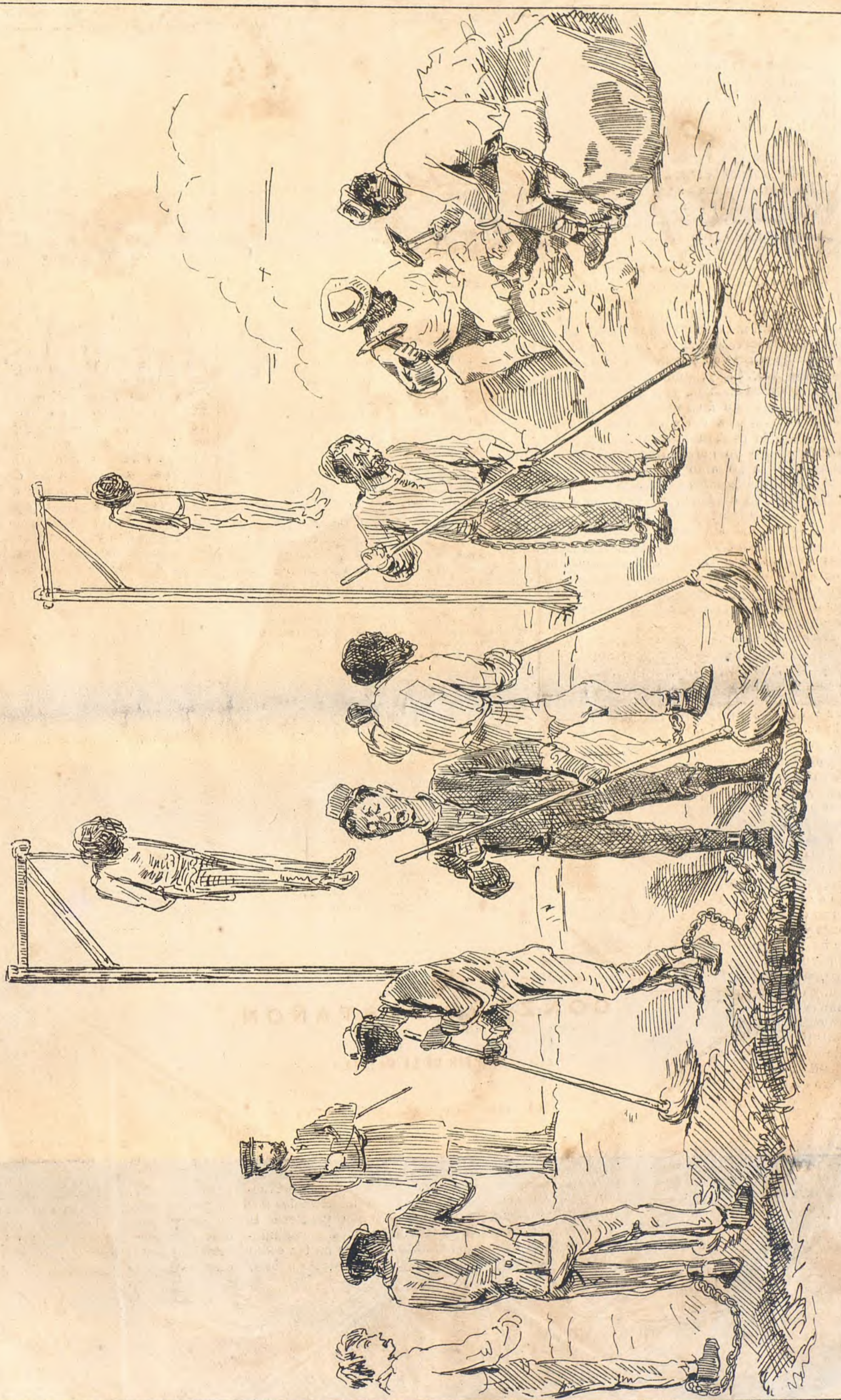
EL MORO MUZA.



GONZALO CASTAÑÓN,

MARTIR DE LA PATRIA.

31 de Enero de 1870.



El porvenir de los republicanos de Cayo Hueso.

ESTE TAMBIEN TIENE COMPLICES.

Acabo de leer la relacion de la vista de una causa tan verdaderamente criminal, que se parece á la causa de la libertad cubana, tal como la entienden Céspedes y sus amigos. Es la causa de Troppmann, un demasiado hombre, que, allá en Francia, para quedarse con los bienes de la honrada y numerosa familia de un ciudadano llamado Juan Kinck, asesinó á este, y á la mujer de este, y á los hijos de estos, y en caso de convenirle seguir despachando gente para el otro mundo, hubiera despoblado la tierra con toda la impasibilidad que pueden apeteecer los filántropos que tienen gana de lucirse probando la necesidad que hay de abolir la pena de muerte.

Sí, era mucho hombre..... para el robo y el asesinato, ese miserable, que por adquirir un poco de dinero, privó de la existencia en pocos dias á ocho personas, desde el jefe de la familia, á quien dió un activo veneno, hasta una infeliz niña de cuatro años, á quien de una cuchillada echó las tripas fuera, y puede sostenerse lo que afirmo con tanta mayor, razon cuanto que el apellido *Troppmann*, mitad francés, (*Trop*, que quiere decir *demasiado*) y mitad alemán, (*mann*, que significa *hombre*) nos está diciendo que el que lo llevaba era, efectivamente, demasiado hombre.

Por desgracia, Troppmann solo tenia exceso varonil para el crimen: era un *mambí* de la sociedad francesa hecho y derecho, con la misma cobarde ferocidad y el vicio idéntico de la mentira que distingue á nuestros *libertadores*. Así, ese infame asesino, que traicionablemente mató á los que hubieran podido oponerle alguna resistencia, y se ensañó de una manera inaudita en los cadáveres de la mujer y los niños, débiles criaturas que en vano intentarían defenderse, ha recurrido por último á la mentira para salvar el pellejo, diciendo que tenia cómplices.

Rara singularidad es, por cierto, la de esos *laborantes* compañeros de Troppmann, cuyos nombres se ha guardado bien de pronunciar el acusado, y que asesinaban sin interés ninguno, puesto que de todas las pruebas de algun valor que poseian las víctimas, vino el tal acusado á ser el único heredero.

¡Vive Dios! Esos hombres, si existen, tienen mas abnegacion que Morales Lémus, Goicuría, Javier Cisneros y Nestor Ponce, que no trabajan de balde, segun noticias. Esos hombres, los supuestos cómplices de Troppmann, son los Aldamas de Europa, y no dirá D. Miguel que no le hacemos favor, puesto que reconocemos el desinterés con que se ha metido á delincuente. Podremos decir de él que es un mal hijo de su padre, un mal hijo de su patria, un ingrato para con el gobierno español, á quien debía grandes atenciones y un cabeza de chorlito; pero sabemos que hasta ahora, lejos de engordar con la revolucion, está cada vez mas flaco, mientras otros, que estaban flacos, engordan á costa suya, y como no concebimos que haya en el mundo otro D. Miguel, para eso de cometer crímenes sin sacar alguna raja, pues no tenemos por raja el ser presidente de una Junta de badulaques, inferimos que Troppmann no ha debido tener cómplices.

Pero que los tuviera que no los tuviera, el resultado es que su afirmacion de nada le ha servido. El desdichado ha perdido la vida al mismo tiempo que el titulado general Quesada perdía el mando del ejército *mambí*, sin que, le valiera la bula de Meco.

El caso es que comprendemos bien lo que en Francia se ha hecho con Troppmann, porque ya se le cortó á un hombre la cabeza, ya se le dé garrote, ya se le ahorque, ya se le fusile, poco nos importa el género de suplicio, con tal que á hierro muera quien á hier-

ro mata; pero ¿qué ha hecho Quesada para verse castigado por Céspedes? ¿No era ese ladrón el mas digno jefe que podian tener los *mambises*? ¿Por qué, pues, le han castigado en la Manigua, haciéndole mas favor del que merece, puesto que, si la rehabilitacion de un bandolero fuese posible, Quesada quedaria rehabilitado en el mero hecho de ser exonerado por Céspedes?

Ya estoy viendo la defensa que el ex-jefe de los *mambises* hará ante los quince ó veinte manigueros que, votándose á si mismos, formaron el Congreso de la *república ramona*, ó nonata.

«Compañeros de villanías, dirá Quesada en su memorial á la Cámara Oscura: el tuno de Céspedes me ha exonerado, y yo, para probar la injusticia de su decreto, quiero hacer ver que no me he separado en un ápice de las instrucciones que se me dieron cuando me encargué del mando de la *chusma calasimba*.

«En efecto, se me dijo que hiciese todo el daño posible tanto á los amigos como á los enemigos, y yo, que me complazco en obrar mal, he cometido innumerables fechorías. ¿Se dirá que me he excedido un poco, ahorrando á muchos de nuestros correligionarios, por el gusto de matar gente? Pues en eso he tenido cómplices, y estos sois vosotros mismos, que aplaudiais mis barbaridades, mientras creísteis que con el terror ganaríamos algo, en lo que nos hemos equivocado grandemente. ¿Se dirá que he robado mucho, por cuya razon tengo hasta dos relojes, bastándome uno para saber la hora, en tanto que las mas púdicas damas del Camagüey que nos siguieron, andan como anduvo Eva en el Paraíso? No lo niego; pero los que me eligieron para general suyo, sabiendo que yo era un ladrón, bien debian calcular lo que sucederia, y además, tambien he tenido cómplices en eso, siendo dichos cómplices todos vosotros, que habeis apañado cuanto estuvo á vuestro alcance, y por tan cómplices como vosotros tengo al mismo Céspedes, á sus titulados ministros y á cuantos *libertadores* hay en las *maniguas*, sean jefes, oficiales ó simples *mambises*, porque todos han robado cuanto han podido. ¿Se dirá que he corrido, al encontrarme con el ejército español? Eso es exacto; aun en el ataque de las Tunas, donde éramos diez ó doce contra uno, apelé á la extratagema de la fuga, única que podía salvarnos; pero yo no me he separado en esto de la táctica guerrera que se me aconsejó como propia de los *libertadores cubanos*: «Corrá V. siempre que se vea atacado,» se me dijo, y he corrido mas que nadie. Quizá se me haga el cargo de haber corrido siempre, cuando era necesario y cuando no lo era; pero en eso tambien he tenido cómplices, y estos sois todos vosotros, y lo son el mismo Céspedes, sus llamados ministros, todos sus servidores sin excepcion alguna; tanto en lo civil como en lo.....criminal, porque todos habeis puesto piés en polvorosa tan pronto como habeis oido decir que nuestros enemigos andaban cerca, por mas que supiéseis que ese enemigo estaba lejos de nuestras guaridas. ¿Se dirá que he quemado las casas de Guáimaro, capital de nuestra república? Pues en eso no hice mas que seguir las huellas de los que redujeron á cenizas la ciudad de Bayamo, cuna de la insurreccion que ya está cerca del sepulcro, y además, en ello he tenido cómplices, siendo esos cómplices, el mismo Céspedes, los individuos de la Junta de Nueva York y los periodistas alimentados por Aldama, puesto que todos han predicado la conveniencia de arruinar el país, mostrándonos tan aptos para hacer uso de la tea como ineptos para el manejo de las armas nobles.

«¿Por qué, pues, me quitan el mando los que hacen alarde de asesinos, ladrones, cobardes é incendiarios, habiendo yo probado ser tan asesino como el que mas, tan ladrón como el que mas, tan cobarde como el que mas y tan incendiario como el que mas de todos los libertadores? ¡Ah! supongo que se me habrá creído capaz de hacer alguna traición, en el caso de que esta me aprovechase, y confieso que, si el ser traidor me hubiese valido, tiempo hace que habria yo recuperado mi tranquilidad perdida. Pero hasta en eso he tenido cómplices, porque si todos nosotros hemos empezado la carrera del crimen haciendo traición á la Patria, ¿quién de vosotros podrá arrojarme la primera piedra?

«Concluyo, por lo tanto, suplicando á la Cámara Oscura que me devuelva el mando, á fin de que antes de morir, porque ya sé que todos estamos sentenciados á próxima muerte, pueda yo hacer extragos, tratando á mis subordinados con la crueldad que la *república* Doña Emilia C. de Villaverde tuvo para sus esclavos y para sus esclavas.»

Hé aquí la defensa que de sus actos puede hacer Quesada, ante la representacion individual de los quince ó veinte galopines que, por sus propios sufragios, se constituyeron en padres conscriptos de la Manigua.

¿Y qué dirá Céspedes?

¡Toma, Geroma! Céspedes dirá que tiene razon Quesada; pero que, por aquello de que una hora de vida, vida es, y considerando que los únicos *mambises* que se baten alguna vez son los *yankees* mandados por Jordan, y creyendo, equivocadamente sin duda, que los *mambises* extranjeros podrán prolongar algunos dias el castigo infalible que á todos les espera, es preciso tener contento al *yankee* Jordan, sacrificando á Quesada, de cuyas fechorías todos los *mambises* y *laborantes* han sido cómplices.

¿Y qué dirá entonces Quesada?

Es claro, Quesada dirá que sus cómplices lo entienden.

¿Y qué dirá Doña Emilia C. de Villaverde?

¡Ah! La *republicana* Doña Emilia, como tiene una sensibilidad tan exquisita, se morirá de sentimiento, al ver que no puede volver á despellejar á sus esclavos con aquellos duros azotes que les suministraba para divertirse.

¿Y qué diré yo?

Ló que se cae de su peso; que si Quesada es absuelto por la Cámara Oscura, nosotros juzgaremos con todo el rigor de la ley á Quesada y á sus cómplices, aunque á Doña Emilia C. de Villaverde se la lleve Pateta.

AMURATES.

EL PROCESO DE TROPDMANN.

Ya hemos dicho algo, aunque sólo por incidencia, de la causa de ese desdichado que tenia admirables disposiciones para haber hecho un importante papel entre los *mambises* ó los *laborantes*, y creyendo que la causa de Troppmann puede ofrecer grande interés á nuestros lectores, mientras llega la ocasion de publicar la de los infames asesinos de Castañon, vamos á dar un extracto de la vista de aquella en la *Cour d'Assises de la Seine*.

Los debates empezaron el 28 de Diciembre, asistiendo una numerosa multitud, que hacia intransitables hasta los alrededores del Palacio de Justicia. Dentro, en su lugar correspondiente, estaban los abogados, los magistrados que á la sazón no tenian que desempeñar otras funciones, los jurados no retenidos por la suerte, que aprovechan la ocasion de ser espectadores del drama, los

periodistas, entre los cuales los había ingleses, alemanes y hasta rusos, que fueron á París á tomar nota de lo que presenciaban, y al otro lado, el pueblo. En el puesto de costumbre se hallaban el Presidente del Tribunal y el Jurado, y sobre algunas mesas muchos comprobantes de los crímenes cometidos por un solo acusado. Esos comprobantes estaban cuidadosamente clasificados, habiéndose hecho un lio de los efectos que componían el traje de cada víctima.

A un lado se veía el vestido de seda de la señora de Kinck, á otro las prendas de vestir de sus hijos, arregladas por orden de edades; entre esas prendas llamaban la atención unos pantalones, cuyos botones de metal llevaban este nombre: *Tomás, hijo, el mayor, en Roubaix*, pero lo que causó mas emoción fué la vista de un vestido azul claro, que pertenecía á la pobre niña de cuatro años, María Hortensia, su sombrero, cuyo fondo era una especie de tul y el borde una banda de terciopelo negro, sobre la cual una cariñosa madre había colocado un adornito verde.

En seguida se presentaban á los ojos de la ávida muchedumbre los instrumentos del crimen: una pala y un azadon, con que se abrieron las sepulturas, habiendo servido además el último de los objetos citados para herir á las víctimas. Otra pala y otro azadon de mayores dimensiones había por allí cerca; pero estos solo se presentaban como términos de comparacion de dos instrumentos análogos que un fabricante vendió el 19 de Diciembre á un desconocido. En fin, allí figuraba también un cuchillo, cuya hoja estaba envuelta en un papel y con la cual fué casi atravesado de parte á parte Gustavo Kinck, y se veía el mango ensangrentado de otro cuchillo encontrado cerca de la tumba de seis cadáveres.

A las once ménos cinco empezó la audiencia, mandando el Presidente que se introdujese al acusado. Todo el mundo se levantó obediendo al impulso de la curiosidad y todas las miradas se clavaron en la puerta que da á la prision de la Conserjería. Poco despues apareció Troppmann, cuya presencia causó una especie de estupor general. Era un jóven de corta estatura y débiles apariencias; descolorido, frente alta, nariz pequeña, el labio superior largo en demasía y la barba cayendo rectamente. La mirada vaga, en la cual se sorprendía de vez en cuando algo de agudo é incisivo, el párpado caído, los dedos nudosos y flacos; he aquí lo que mas llamaba la atención en aquel ser depravado que nació hombre, como pudo nacer chacal, serpiente ó mambi.

A cada lado del criminal se colocaron dos gendarmes.

La atención impaciente del público parecía no intimidar al acusado, que saludó cortesmente al jurado y al pueblo. Lo que sucedía era que ni el pueblo ni el jurado podían comprender cómo un ser de tan débiles apariencias llegaba á verse allí acusado de crímenes tan monstruosos. El reletor hizo su deber, sin que la lectura de lo que ya todos sabemos produjese impresion alguna en el acusado, que oyó con la mayor indiferencia los pasajes mas odiosos de la historia de sus últimos hechos.

El Presidente comenzó su interrogatorio, y el acusado, con voz firme, declaró llamarse Juan Bautista Troppmann, siendo natural de Cernay, teniendo veinte años de edad y ejerciendo la profesion de mecánico.

EL PRESIDENTE.—Nacisteis el 5 de Octubre de 1849 en Cernay, y por lo tanto, habéis cumplido los veinte años en el día 5 del último Octubre.—EL ACUSADO.—Exactamente.

EL PRESIDENTE.—Sois el último hijo de una numerosa familia: vuestros padres se hallan en humilde posicion y teneis fama de hábil mecánico: sois el niño mimado de vuestra madre, la cual siempre ha tenido por vos una predileccion particular; tanto que todo os lo consentía, constituyéndose siempre en vuestra defensora.—EL ACUSADO.—Es cierto.

EL PRESIDENTE.—Habeis asistido á la escuela de primera educacion hasta la edad de catorce años, y luego entrasteis en el taller de vuestro padre. Desde niño, vuestro carácter se manifestó sombrío, poco comunicativo, por lo cual, sin duda, os veian aislado, es decir, sin amigos. A todo el mundo manifestabais el desenfrenado propósito de hacer fortuna, de lo cual hablabais con frecuencia, no solo en Cernay, sino mas tarde en Roubaix, donde pronto volveremos á hallaros. Querias, pues, llegar á ser rico, sin reparar en los medios, ¿no es verdad?

El acusado guardó silencio.

EL PRESIDENTE.—No es solo eso: á veces os mostrabais excesivamente violento. He aquí un caso.

Vos trabajabais con vuestro hermano Edmundo Troppmann, que hoy es militar, soldado de infanteria de marina, segun tengo entendido. Un testigo refiere que cierto dia, bajo un ligero pretexto, agarrasteis un martillo, con el cual disteis á Edmundo un golpe en la frente, haciéndole sangre.—EL ACUSADO.—Eso no es verdad.

EL PRESIDENTE.—Vuestro hermano entonces os dijo: eres un nuevo Cain.—EL ACUSADO.—¿Nunca!

EL PRESIDENTE.—Un ciudadano llamado Saal dirá lo que sabe.—EL ACUSADO.—Ese Saal es un hombre indigno. Así como Júdas vendió á su maestro por treinta francos, (sic) él me venderá por treinta céntimos.

El Presidente insistió en este particular, obteniendo no muy respetuosas contestaciones del acusado, y pasó á otro mas interesante, por su relacion con los crímenes de que se iba á tratar, diciendo: en Diciembre de 1868 vuestro padre os envió á París, donde hablabais siempre del deseo de hacer fortuna que os agitaba. Pasasteis á Roubaix y allí sucedió lo propio; tanto que Sofía, una criada de la casa donde viviais, sorprendió alguna vez vuestras confidencias, y á una pregunta que os dirigió, habiéndos oído decir que fabricaríais moneda falsa, contestasteis, que se trataba de una empresa que aseguraria vuestra fortuna, si cuajaba.—EL ACUSADO.—Yo hablaba de una invencion.

EL PRESIDENTE.—Sin duda aludiais á esa invencion, cuando deciais que seriais capaz de hacer algo que llenaria de asombro al universo. En Roubaix existia una familia numerosa y regularmente acomodada. Toda esa familia se ha extinguido. Es preciso que yo os hable de ella, y que ante vos evoque los nombres de esa pobre gente. Juan Kinck era vuestro paisano y conservaba grande amor á su pais, donde aun tenia muchos amigos. Además, poseia en su pueblo una casa en la cual pensaba pasar sus últimos dias Vos érais su confidente, casi su amigo.—EL ACUSADO.—Sí.

EL PRESIDENTE.—Ese hombre era el modelo de los trabajadores; habia llegado á hacer algun dinero: tenia tres casas en Roubaix y crédito en la Caja Comercial. En fin, su fortuna se ha valuado por los tasadores en la cantidad de ochenta á cien mil francos. La mujer de Juan Kinck era una buena esposa y una buena madre; pero he aquí que una mano homicida vino á destruir á esa buena mujer, y aun á la criatura que llevaba en su seno. ¿Cómo entrasteis en relaciones

con Juan Kinck?—EL ACUSADO.—Me fué presentado ese hombre por un paisano de los dos, y luego le ví varias veces en la taberna de Merlin.

EL PRESIDENTE.—Sí, en esa taberna se observó que conversabais á solas con Juan Kinck, hablando en el *dialecto* de la Alsacia. ¿De qué hablabais tan misteriosamente?—EL ACUSADO.—Kinck, el padre, me enteraba de sus invenciones y de su afán de hacerse rico. Estaba resuelto á hacer moneda falsa para lograrlo, y desde entonces pensé en explotar su ambicion, enriqueciéndome igualmente. Un dia, por fin, nos fijamos en la idea de fabricar moneda falsa, conviniendo en que él me daria 5,500 francos para que yo comprase los necesarios utensilios.

EL PRESIDENTE.—Sin embargo, está averiguado que Juan Kinck fué á la Alsacia con el objeto de añadir un piso á la casa que allí poseia. No lograreis, pues, calumniar á ese desgraciado.—EL ACUSADO.—Juan Kinck era demasiado avaro para tener semejante proyecto. Hizo su viaje para la fabricacion de la moneda falsa.

EL PRESIDENTE.—Por última vez, no insulteis la memoria de ese infortunado: Juan Kinck era un trabajador y llegó á enriquecerse por un medio que vos no queriais emplear, el del trabajo. Era económico; pero no avaro.—EL ACUSADO.—Vos no le conocéis tan bien como yo. (*Murmulos.*) (1)

EL PRESIDENTE.—Juan Kinck llegó el 25 de Agosto á Bollwiller. ¿Qué hicisteis allí?—EL ACUSADO.—Allí tomamos el ómnibus y llegamos á Soultz despues de medio dia: luego seguimos el camino por el cual se sube á ruinas, y á la mitad de ese camino..... hacia calor; el hombre tenia sed; uno de mis cómplices le hizo beber una botella de vino, y Kinck cayó muerto. Yo ignoraba lo que era aquello; pero el cómplice me dijo que habia echado ácido prúsico en el vino.

EL PRESIDENTE.—¿Qué vino?—EL ACUSADO.—El que yo habia llevado.

EL PRESIDENTE.—¿Quién envenenó el vino.—EL ACUSADO.—El cómplice.

EL PRESIDENTE.—¿Con qué veneno?—EL ACUSADO.—Con ácido prúsico que yo le suministré y que yo mismo compuse.

EL PRESIDENTE.—¿Quién enterró á Juan Kinck?—EL ACUSADO.—Mis cómplices.

EL PRESIDENTE.—¿Vuestros cómplices! siempre vuestros cómplices! Ese es un nuevo sistema que no lograreis ver acogido por el Jurado, os lo advierto. El 23 de Octubre dijisteis que en el viaje que hicisteis á la Alsacia con Kinck, éste se separó de vos y no habiais vuelto á verle. Eso era inverosímil, puesto que se halló en vuestro poder todo lo que poseia aquel desgraciado. Así, el 13 de Noviembre os decidisteis á declarar, y confesasteis que vos solo habiais dado la muerte á Juan Kinck, y que solo le habiais enterrado, abriendo con vuestras manos una profunda sepultura.—EL ACUSADO.—Sí, dije eso; pero mentí.

EL PRESIDENTE.—¿Y el robo?—EL ACUSADO.—Mentí tambien.

EL PRESIDENTE.—Habeis declarado que asesinasteis á Juan Kinck para apoderaros de 5,500 francos.—EL ACUSADO.—Sí; pero pito que mentí.

(Continuad.)

(1) Ese pobre Juan Kinck, cuya memoria pretendió manchar Troppmann á última hora, estuvo pasando durante muchos dias por asesino de su mujer y de sus hijos, siendo así que habia muerto ántes que ellos. La fortuna de hallar su cadáver, ha sido causa de no quedar el buen hombre infamado con la nota de el mas feroz de los parricidas.

PRESENTIMIENTO.

Por lo que se lee en la siguiente carta, que antes de su partida escribió el Sr. Castañon, se vé que este tenia el presentimiento de su próxima muerte. Creemos que esta carta será leída con interés por nuestros favorecedores.

Habana, Enero 28 de 1870.

Mi querido Ventura: dentro de media hora salgo de la Habana: ya sabes donde voy. Nada necesito decirte: confio en tu amistad, como tú fias en la mia, y sé que si no vuelvo, serás el padre de mis hijos.

Cuando regreses á España, llévalos contigo, y déjaselos á mi querida hermana, á Matilde, que con Tarsila, tu inimitable esposa, cuidarán de ellos. De este modo habrán ganado con mi muerte: en lugar de un padre, tendrán otro y dos madres. La pequeña fortuna que les queda, y que proviene de su pobre madre, el ángel que desde el cielo continuará protejiéndolos, servirá para darles carrera conforme á su vocacion y á sus disposiciones. Ahora están en el colegio de Belen, donde reciben la educacion moral y religiosa, que yo quisiera se arraigara en ellos, porque no creo que haya mayor felicidad para el hombre que la de tener fé, y sobre todo, fé cristiana. ¡Desgraciados los que la han perdido!

Si mis hijos no pueden ser sábios, que sean simples obreros. Con tal que sean honrados, todo lo demás me importa poco. En cualquiera posicion que ocupe el hombre puede ser estimado de sus conciudadanos y ser útil sobre todo á su patria, por la cual voy á medirme con seres que en circunstancias normales no merecerian de mí mas que desprecio. Es por España y marche satisfecho.....

Otra vez, adios. Esta carta no tiene los requisitos ni las formas legales, pero es la expresion, la manifestacion, la declaracion última de un hombre que jamás ha mentido, y como aquellos para quienes la escribo me conocen, tengo la conviccion de que no la pondrán en duda, y te reconocerán como mi verdadero fideicomisario.

Todo lo que tú hagas, estará bien hecho, y á los que en el mundo me han querido, y á quienes yo quiero con todo mi corazon, asentarán á ello, como si personalmente se lo pidiera

GONZALO CASTAÑON.

AMORIOS DE LAS FLORES.

Rica de olor al céfiro se entrega,
La rosa purpurina:
Plácido él, sobre sus hojas juega,
Y ella temblando de placer se inclina.

Una dalia, rompiendo su capullo,
Quiso amar al rocío;
Sufrió la hermosa flor mucho en su orgullo:
Su amante era muy frío.

Rojo el clavel, la sangre de sus venas
A una azucena ofrece:
Ingratas son las blancas azucenas,
Y el clavel palidece.

¿Por qué no me has de amar, le dijo airado
A una violeta un lirio?
—Porque me asusta tu color morado,
Que es señal de martirio.

El lirio, entonces, por buscar consuelo,
Amó á una sensitiva.
¿Quién le inspiró ese amor jira del cielo?
Por la flor mas esquiva?

Pero escuchad la historia, que es muy bella,
Y no es invento mio,
De una flor que amó al sol y él la amó á ella,
Con loco desvario.

Era la hora en que al amor agrada
Mostrarse mas ardiente,
La hora en que la trémula alborada
Alumbra tibiamente.

Hora indecisa, orlada de beleño,
Que no es clara ni oscura,
En que una inquietud vaga os quita el sueño,
Y os baña en su dulzura.

Dormía una flor, dormía una madreclva
En lánguido desmayo,
Diciendo para sí: «cuando el sol vuelva
Le he de pedir un rayo.»

En esto llegó el sol, estaba hermoso,
Y ella sobrecojida:
Despierta ¡oh flor! que amante poderoso
Hoy te llama á la vida.

¡Accesos del amor! El sol brillaba,
Como un disco de fuego.
La hermosa madreclva se ensanchaba
Y suspiraba luego.....

Otra flor, la camelia, caprichosa,
Se enamoró de un río:
Era su espejo la corriente undosa,
Espejo ingrato y frío.

No huyas de mí, gritaba á la corriente
La flor enamorada:
Mas el río veloz, como un torrente
Huyó, y no escuchó nada.

Entonces la camelia en su recinto,
Rompió en amargo llanto,
Y quiso al tulipan, quiso al jacinto,
Y quiso al amaranto.

Por eso la camelia se apellida
La loca de las flores:
¡Tenedla compasion! Ella está herida,
Y aturden sus dolores.

El fragante heliotrópo á una amapola
Amaba con ternura;
Silvestre flor, que se ostentaba sola
En medio á una espesura.

No prestó oídos la amapola ingrata
A la amante querella,
Y él le arrancó las hojas de escarlata,
Y pereció con ella.

¡Oh flores! Vuestros locos devaneos,
Mi corazon agitan:
Tambien en mí, violentos, los deseos
Se encespan y palpitan.

Mas me cautiva vuestro dulce idioma,
Que mis pesares calma.
Y envolviendo mi frente en vuestro aroma,
Hallo la paz del alma.

Hallo la paz, aunque la suerte esquiva,
Rebelle mi tormento:
Si me aflige una triste siempre viva,
Me alegra un pensamiento.

G. ESTRELLA.

SOBREMESA.

EL MORO MUZA.—Ya sabeis, amigos, que nuestro respetable amigo, el Excmo. Sr. Intendente de Hacienda, que nuevamente se ha hecho acreedor á nuestros elogios, por su instructivo trabajo sobre el estado de los productos de la Aduana en esta Capital, del que hablaremos dentro de pocos dias, no ha celebrado reunion el último viérnes, en señal de duelo por la muerte de CASTAÑON.

AMURATES.—Esa noble determinacion es propia del hombre cuyos bondadosos sentimientos nos son conocidos. Por lo demas, si no hubo reunion esta semana, quiere decir que no leeria usted versos de los suyos ni de los ajenos.

EL MORO MUZA.—¿Y cuándo he leído yo versos ajenos?

AMURATES.—No lo sé; pero como cierto gacillero dijo el sábado 29 de Enero, que el viérnes 28 habia V. leído versos publicados en un periódico, lo cual parecia dar á entender que podian no ser de usted los expresados versos.....

EL MORO MUZA.—Es verdad; dijo eso aludiendo á la glosa zaragatesca, que, bajo el pseudónimo de Ibrahim Zaragata, se publicó en mi propio periódico hace poco mas de dos años; pero supongo que no lo diria con mala intencion, porque sabido es que yo firmo muchos artículos en mi publicacion con

diferentes nombres morunos, y nadie ignora, por otra parte, que el personaje Ibrahim Zaragata desempeña en el humilde MORO MUZA un papel idéntico al que hacia Tirabeque en el soberbio Fray Gerundio. En fin, si hubo intencion en la gacilla, lo sentiria por el gacillero, que manifestaría no ser gran voto en materia de estilo; puesto que todos los escritores de alguna edad, por nulos que seamos, llegamos á poseer bastante individualidad de forma literaria para poder decir con el autor del romance á D^a Dinguidaina:

«Este año y este mes,
Y perdone que no firmo,
Porque mis mismas razones
Dicen que yo las escribo.»

SELIM.—Pues yo, entrando en la cuestion del dia, voy á decir lo primero que se me ocurrió al saber lo de Cayo-Hueso, y es que, aunque Castañon tenia ideas de progreso, no por eso le han tratado muy bien nuestros comunes enemigos.

EL MORO MUZA.—Eso prueba que para nuestros enemigos no hay distincion entre nosotros, seamos avanzados ó retrógados: en el hecho de ser buenos españoles, nos odian á todos. Sirvanos esto de leccion, reconociendo todos la necesidad de estar unidos aquí, aunque miremos por diferente prisma las cosas de otras partes, y ya he dado yo el ejemplo de lo que predico, no haciendo caso de epítetos que varias veces he visto resucitados con pasmosa inoportunidad. Sí, camaradas, seamos solo españoles, puesto que los sucesos prueban que podemos serlo, y lo somos los que miramos mas al porvenir que al pasado, ó vice-versa, y no pensemos mas que en aniquilar á los enemigos de España.

SELIM.—Estoy conforme con todo eso; pero me parece que, sin peligro para lo de acá, podemos alguna vez discurrir sobre lo que pasa léjos. ¿Qué le parece á usted, virbi-gracia, la proposicion de Castelar sobre la exclusion de los Borbones?

EL MORO MUZA.—Me parece que Castelar ha debido pasarse al partido monárquico, en el hecho de pedir la exclusion de los Borbones; porque de no ser así, ¿qué probaria con su proposicion? Probaria ser un republicano á quien importa un comino que haya rey, con tal que este no lleve el apellido de Borbon.

SELIM.—Sin embargo, yo creia ver cierto maquiavelismo en la proposicion de Castelar.

EL MORO MUZA.—¿Sí? Pues mira, si cuando te mueras, encuentras por casualidad en el otro mundo á Maquiavelo, no le digas que has hallado maquiavelismo en las cosas de Castelar, porque de seguro te pega el autor de *El Príncipe*.

MULEY HASSAN.—¿Y qué opina V., señor Moro, de eso de haber un tal Greely ó Grillo y otro salido pidiendo dinero para los insurrectos cubanos allá en Nueva York?

EL MORO MUZA.—Opino que debe irse ya viendo apuradillo D. Miguel de Aldama, cuando los yankees simpatizadores tienen que ir soltando la mosca para los cubanos, si es que la sueltan, porque, cuando se trate de contribuir con simpatías, no faltará gente perdida que conteste al llamamiento de cualquiera; pero tratándose de aflojar dinero, tengo para mí que los yankees mas simpatizadores han de decir: Señor Grillo, esa es grilla. Ya vereis como no me engaño, yo, que aprovecho la circunstancia de estar en el uso de la palabra para levantar la sesion, diciendo: Hasta otro rato.